



ATENEO DE MADRID



# COLÓN

Y LOS

# REYES CATÓLICOS

## CONFERENCIA

DEL

## SR. MARQUÉS DE HOYOS

leída el día 24 de Marzo de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1892

Señores:

Raras veces una falta, siquiera ésta sea levísima, y aunque sea motivada por los más nobles impulsos del corazón, deja de producir sus naturales consecuencias. Vuestra excesiva bondad, que también en la bondad puede haber exceso, me elevó á puestos tan altos como inmerecidos. Durante varios años consecutivos me honrasteis con la Vicepresidencia de este primer Centro Científico y Literario de la nación y con la Presidencia de la Sección de Ciencias Históricas, y al dispensarme tan señalados favores me habéis colocado en la imposibilidad absoluta de negarme á las amables instancias del dignísimo Presidente de esta Sección, mi amigo el Sr. Sánchez Moguel, y á las de la Junta directiva, para la honrosa pero dificilísima tarea de coadyuvar á esta importante misión que se ha impuesto el Ateneo de conmemorar el Centenario del descubrimiento de América. Al cumplir con un imprescindible deber de obediencia y de gratitud, ruégoos que consideréis que sólo por tan inexcusable motivo os impongo el penoso sacrificio de oirme, y que la indulgencia que de vosotros impetro, y que tanto necesito, es casi un deber correlativo al que vuestra benevolencia, que nunca agradeceré bastante, me ha impuesto.

Á la deficiencia de medios de toda suerte que con sinceridad reconozco, hay que añadir la dificultad suma de la materia que me ha sido encomendada. Trátase de la personalidad insigne

del grande hombre que con su genio, su saber, su perseverancia, realizó el portentoso descubrimiento del Nuevo Mundo; del que simboliza esa gloria inmarcesible de la nación española y de la Edad Moderna. Trátase de analizar la parte que en tan memorable acontecimiento corresponde á los Reyes, á las diferentes clases sociales, al pueblo entero.

La vida del gran Cristóbal Colón, con ser tan conocida, tiene, sobre todo en su primera parte, es decir, antes del descubrimiento, que es lo que me toca examinar, obscuridades de tal suerte, que los más diligentes y veraces escritores se han encontrado perplejos al quererlas dilucidar. Nacen estas dificultades principalmente de dos causas: 1.ª Que efectivamente sobre esa época primera del gran navegante hay deficiencia de documentos, y esos, en gran parte, obscuros y aun contradictorios. 2.ª Principalmente porque por motivos, ya de interés religioso, ya de orgullo nacional, ya de genialidad personal, ha habido escritores, que más que á escribir historia, se han dedicado á acomodar los hechos á sus peculiares propósitos, á establecer *à priori* una tesis que han desarrollado con más ó menos talento y fortuna.

Suele además siempre el genio inspirar á la generalidad sentimientos extremos, ya de entusiasmo, ya de odio; en magnífica frase lo estampó Manzoni en su oda famosa á Napoleón (Il 5 Maggio).

Segno d'immensa invidia
E di pietà profonda
D'inestinguibil odio
E d'indomato amor.

Culto y envidia, odio inextinguible y amor indomable, ha habido, en efecto, hacia el insigne Colón, y estas causas han originado dos, ó mejor dicho, tres conceptos totalmente distintos, y de todo en todo contradictorios acerca de la vida y de las condiciones morales é intelectuales del gran descubridor.

Uno de estos conceptos puede llamarse una leyenda; es el otro, sin duda alguna, una furiosa diatriba. Entre uno y otro debe aparecer serena y majestuosa la imparcial historia.

La principal causa inmediata, además de las generales ya expuestas, que dió pábulo á esa diatriba, surgió de un aconteci-

miento fatal é irremediable. Las capitulaciones de Colón con los Reyes Católicos eran imposibles de ejecutar. Éranlo quizás ya en tiempo del primer Almirante, fuéronlo totalmente en tiempo de sus sucesores. Una voz harto más autorizada que la mía lo ha dicho desde este mismo sitio: lo que no puede ser no es. Tuvo que surgir necesariamente la lucha entre los descendientes de Colón, que se juzgaban con cierta razón acreedores á que se les cumpliese todo lo ofrecido, y el Estado que, ó tenía que renunciar á toda verdadera soberanía sobre los territorios descubiertos, ó cercenar los privilegios acaso ligeramente concedidos. Toda lucha tiene por consecuencia ineludible y triste el extremar las cosas. El famoso pleito de la familia de Colón con el Estado y con los Pinzones, que se creían asimismo agraviados, fué incentivo para todas las pasiones buenas y malas, nobles é indignas. El odio y la envidia de unos, el amor filial del hijo de Pinzón, los sentimientos humanitarios, acaso exagerados, de otros, y hasta ese exceso de celo, que con razón censura Talleyrand, y que tuvo el representante de la nación, todo se juntó para acumular cargos, casi todos injustos é inverosímiles sobre la noble y gran figura del descubridor del Nuevo Mundo. Manantial inextinguible ha sido ese pleito célebre donde han recogido sus argumentos todos los enemigos de Colón, fundados las más veces en frases dichas, no sólo sin prueba, sino sin seguridad ninguna, por testigos, cuyo apasionamiento se trasluce y cuyas contradicciones saltan á la vista.

De algunos de esos cargos he de ocuparme más adelante, permitidme ahora que como muestra de esos verdaderos libelos os hable sucintamente de dos obras que, quizá por esa sola causa, han adquirido alguna notoriedad.

Principia Aaron Goodrich, autor de la menos moderna, por negar al Almirante su personalidad, y eso en el título mismo de su trabajo que titula: «Historia del carácter y cualidades del *llamado* Cristóbal Colón.» Supone con el mayor desenfado el escritor americano que ni Colón era genovés, ni hijo de Domenico, ni ha existido semejante Cristóbal Colón. En las galeras del famoso pirata Colombo el Mozo, cuyo verdadero nombre dice era Nicolo Griego, navegaba y tomó parte en el combate que en las costas de Portugal tuvo lugar contra la flota vene-

ciana, un tal Giovanni ó Zorzi, pariente del anterior, que también usaba del sobrenombre de Colombo, y que era un atroz pirata, que había pasado toda su vida robando en los mares, ó comerciando con carne humana de las costas de Guinea. Usurpando el nombre de Colón, que no le pertenecía, se casó con la portuguesa Felipa Muñiz de Perestrello, y domiciliado en la isla de Madera, se apoderó de los mapas y documentos del náufrago Alonso Sánchez, que probaban la existencia y demostraban la situación de tierras desconocidas en el Occidente, á donde le había arrojado una furiosa tempestad.

Rechazóle el Rey de Portugal por la desmedida codicia que demostraban sus propuestas, pero apelando á la hipocresía y á la más baja adulación, logró hacerse oir en España. Y siguiendo por este camino, no hay enemigo ó émulo de Colón á quien Goodrich no ponga por las nubes, ni protector á quien no denigre, ni crimen, vicio ó vileza que no le atribuya, ni virtud ó mérito que no le niegue. Su misma inquina hacia el descubridor insigne le obliga á hacer justicia al ilustre marino Pinzón: *Facit indignatio versus.* Y con Pinzón celebra también á Solís y á los Cabotos, á todos los cuales da parte mucho más principal que á Colón en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero á quien reserva sus mayores elogios, su verdadera apoteosis, es á Américo Vespucci, cuyos talentos y cualidades morales é intelectuales ensalza hasta el quinto cielo, acaso por creer que la verdadera casualidad que hizo que el nombre de América prevaleciese, constituye á Vespucci en el verdadero émulo de Colón.

No menor cúmulo de insultos y epítetos injuriosos ensarta la escritora, también americana, María A. Brown, en su obra titulada *Los islandeses descubridores de América, ó á quien ese honor es debido.*

Varios historiadores habían tratado antes del asunto, atribuyendo la gloria, ya á los chinos por medio del monje budista Hwuí Shan, que á fines del siglo v de nuestra era descubrió el país de Fusang, que, en opinión de algunos, era un territorio próximo á la California; ya á los normandos, á quienes suponen haber arribado á las costas de Markland y Vinland, y á cuyo jefe Leif Erikson ha erigido una estatua la ciudad de Boston; ya

á los islandeses bajo el mando de Aré Marsoin. Pero no hay ciertamente ninguno de los autores que tales ideas patrocinan, que trate tan desapiadadamente al primer Almirante de las Indias. Es la señora Brown, fanática antirreligiosa, el más terrible linaje de fanatismo que se conoce, y su odio al Cristianismo y señaladamente á los católicos raya en los límites del ridículo. No hay, según ella, ningún cristiano que tenga buenas cualidades; todos los males de América se deben á esa religión, y por tanto á Colón que la introdujo. En la creencia errónea de que los islandeses eran paganos, por no estar enterada de su historia, como hace notar muy bien el Sr. Fernández Duro, les tributa toda suerte de encomios, mientras llama á Cristóbal Colón «infame, aventurero, usurpador, pirata, traficante de carne humana» y otras lindezas por el estilo. «La religión cristiana debe ser abolida, todo sacerdote expulsado, y el nombre de Colón maldito como enemigo del género humano.»

Contraste perfecto y completo antítesis de esas obras son algunas otras, también modernas, en que Colón aparece dotado de tales perfecciones, de tal santidad y virtudes que ni cabe en lo humano ni siquiera en lo posible, dado que auténticos documentos no lo contradijeran.

Cierra el Sr. Peragallo en su libro titulado *Cristoforo Colombo e la sua famiglia* contra míster Harrisse, autor americano de indiscutible mérito, á quien acusa de parcial contra el Almirante y de haber acumulado errores de toda suerte y dejado ver su malevolencia por todas las páginas de su trabajo. Extremada es sin duda la defensa del escritor italiano, defensa en que suele tomar á menudo la ofensiva; exagerados é inverosímiles frecuentemente sus encomios; pero fuera injusto negarle profundo estudio y erudición, y no pocas veces exacto raciocinio.

No menos encomiásticas, aunque más desprovistas de datos y razonamientos, son las obras del Abate Martín Casanova de Pioggiola, y de D. Baldomero Lorenzo y Leal, el cual, en su libro mitad historia, mitad novela, que tituló primero leyenda histórica, y á que después puso por nombre *Cristóbal Colón el héroe del Catolicismo*, da por cierto el segundo casamiento del Almirante con una noble señora, amiga y protegida de la reina Isabel, fábula desmentida por los más fehacientes documentos,

aunque ya había sido apoyada por el P. Civezza y otros autores.

Pero ninguno de los que he citado, ni otros que con igual tendencia han escrito, pueden compararse en punto á hiperbólico entusiasmo, ni tampoco, justo es decirlo, en elocuencia y galanura del estilo, con el Conde Roselly de Lorgues. El cual, en una obra sumamente notable, que ha logrado varias ediciones y el honor de ser traducida á diferentes idiomas, ensalza de tal modo la personalidad de Colón, que le despoja en cierto modo de su naturaleza humana, mezcla siempre de cualidades y defectos, para convertirle en una especie de semidios. Para el Conde Roselly fué el Almirante un ser excepcional, impecable, que no sólo no tuvo jamás vicio ni defecto alguno, sino que nunca cometió una falta. No fué Colón un gran navegante que con sus vastos conocimientos científicos y su larga y sagaz experiencia, había logrado una superioridad enorme sobre sus compañeros de profesión; no era siquiera el grande hombre, el hombre de genio que vislumbra por su intuición y por su ciencia una gran verdad. No, para Roselly, Colón era mucho mas; algún incrédulo diría tal vez mucho menos. Colón era un iluminado, un ignorante sublime, que enviado por Dios concibió y ejecutó solo y contra todos el prodigioso descubrimiento, sin que para ello tuviera que valerse para nada de sus cualidades como hombre. Así como Dios condujo al pueblo de Israel por el desierto, así guió las carabelas de Colón, y las libró de los escollos, las señaló el rumbo y las encaminó á la ida y á la vuelta por el terrible mar tenebroso. Colón fué solo y único, apenas si á cierta distancia se digna colocar la noble y radiante figura de Isabel la Católica.

«¡Cosa singular! dice el conde Roselly de Lorgues. Ningún europeo ha referido la vida de Colón. ¡Cosa no menos singular! Ningún católico ha escrito la biografía completa del mensajero de la Cruz, pues como dice muy bien el célebre Ventura de Raulica, mientras que la historia de Bossi cuenta apenas 43 páginas, la de Irving tiene cuatro tomos y cinco los comentarios de Humboldt.»

¿No os parece, señores, mucho más extraño aún, que mientras la Nación española ha sido durante tantos años motejada, acaso sin razón suficiente, de intolerante, de fanática, de intransigente

católica, venga ahora un extranjero á tachar de librepensadores y enemigos de esa religión á hombres como Oviedo, Herrera, Fr. Bartolomé de las Casas, Gómara y el propio hijo del gran descubridor?

Cuatro escritores son, en concepto de Roselly, los que han extraviado la opinión, los que han hecho aparecer la figura del Almirante sin esa aureola sobrenatural que le corresponde. Esos cuatro escritores son, Spotorno, Washington Irving, Fernández de Navarrete y Alejandro Humboldt. Es decir, un genovés compatriota de Colón; un americano ilustre entúsiasta de su patria y del que á ella llevó la civilización y la cultura; un español interesado como el que más en tributar sus homenajes de admiración y de respeto al grande hombre que labró la más pura gloria de España al par que la suya; y, por fin, el insigne sabio alemán, que con sus investigaciones sobre América ha contribuído, más quizá que otro alguno, al conocimiento y estudio del Mundo descubierto por el eximio genovés. ¿Es verosímil, es concebible siquiera suponer hostilidad á Colón en esos cuatro hombres ilustres, que sobre su mérito universalmente reconocido como historiadores diligentes é imparciales, tenían todos ellos especiales motivos de ser benévolos, ó al menos justos, con el insigne navegante? Pero para Roselly todo lo que se aparte de su especial criterio, de su plan preconcebido, es injusto, falso y parcial. En vano los documentos más intachables y terminantes lo atestiguan, en vano el mismo Almirante lo dice paladinamente en sus cartas y relaciones y testamento. Nada de esto vale. Todo el que no proclame y sostenga que Colón fué un ser sobrenatural, un enviado de Dios, enviado especial é inmediatamente para redimir la mitad del mundo y del género humano, que yacía en las nieblas de la ignorancia y sin conocer la fe de Cristo, todo el que suponga que pudo haber en él algún error, algún defecto, es un historiador sin imparcialidad y sin conciencia.

El hombre verdaderamente enviado por Dios, según los libros de la Sagrada Escritura, el gran Moisés, universalmente reconocido como el más inspirado, el más elocuente, el más santo de las Edades antiguas, pudo cometer faltas y tener por ellas su castigo al no poder entrar en la tierra de promisión á

que había conducido al pueblo de Dios; el mismo Jesucristo al hacerse hombre quiso tener las cualidades de hombre, y tuvo su instante de desfallecimiento; sólo Colón, según Roselly, nació y murió sin haber conocido ni el pecado, ni la culpa, ni la humana flaqueza.

Y aquí es de ver con cuánta verdad dice la común sentencia que los extremos se tocan. Los dos únicos escritores que motejan á Cristóbal Colón (aunque en distintos sentidos), de ignorante, son, Goodrich y Roselly. El uno, como enemigo, le achaca la vulgar y grosera ignorancia; el otro, como admirador indiscreto, le hace aparecer como inspirado ignorante guiado é impelido siempre por una voluntad superior y ejecutando, casi sin conciencia y sin raciocinio, las órdenes de lo alto. Los dos únicos escritores, también acaso en toda la historia, que se atreven á atacar la excelsa figura de Isabel la Católica, son esos dos mismos; tachándola el uno de hipócrita, mogigata y codiciosa, y el otro de débil, irresoluta y supeditada en un todo al Rey don Fernando, á quien Roselly considera el implacable enemigo del Almirante.

No es así, ciertamente, como se debe escribir la historia; no es esa la noble, la alta misión que tiene que llenar en el vasto campo de la ciencia, y en el camino de la civilización y del progreso. Ni la furibunda inquina de Goodrich, ni la vehemente idolatría de Roselly, han de ser parte á que el historiador concienzudo é imparcial no reconozca la verdad donde se encuentre. Ya lo dije al principio; entre el odio y el amor está la verdad, entre la leyenda y la diatriba está la historia. Veamos sucintamente lo que ésta nos dice acerca de la vida y vicisitudes del Almirante antes de emprender su glorioso viaje, procurando deducir de ello su personalidad insigne, con sus cualidades y defectos; el hombre, en fin: *Homo sum et nihil humanum a me alienum puto.*

Á pesar de haber consignado Colón en su testamento que había nacido en Génova, nueve poblaciones, dos más que Homero, se disputaron la honra de haber sido su cuna. Muchos volúmenes se han escrito defendiendo el Conde Galerni Napione á Cúccaro, Belloso á Savona, Isnardi á Cogoletto, alegando Vicenzio Conti y Luigi Colombo otras pretensiones, pero

ninguna tan singular como la de Casanova, y, sobre todo, del Padre Pereti, queriendo hacerle ambos natural de Córcega. Las pruebas y raciocinios de este último en su obra titulada: *Cristóbal Colón francés, corso y de Calvi*, son por todo extremo donosas. Baste decir que para ello tiene que suponer que la isla de Córcega, ó al menos Calvi, estuvo bajo el dominio de Génova al tiempo de nacer Colón, siendo así, que desde la concesión de las islas de Córcega y Cerdeña por el papa Bonifacio VIII á los Reyes de Aragón en 1297, sostuvieron éstos su dominación en la isla, y muy especialmente en el tiempo en que nació el Almirante bajo el reinado de Alonso V, que castigó á la ciudad de Calvi, que se habia sublevado en 1421, y venció más adelante á los genoveses, que se vieron obligados á pagarle tributo. De argumentos tan sólidos como ese, y más extraños todavía, está compuesta toda la armazón de su libro, llegando á considerar como prueba los apellidos que supone corsos de algunos compañeros de Colón, y que son tan españoles como el que él llama Vicenzo Agnez, y que no es otro que Vicente Yáñez Pinzón y Antonio de Torres, hermano del ama del príncipe D. Juan; y lo que es aún más donoso, de que los lebreles que llevó Colón fueron llamados por un traductor en italiano *cani corsi*, es decir, perros de carrera; también pretende sacar la prueba de que, puesto que el Almirante llevaba perros de Córcega, corso debía ser también el descubridor del Nuevo Mundo.

Como simple ejemplo he puesto lo anterior para hacer ver hasta qué punto se han tergiversado los acontecimientos más probados de la vida de Colón, siendo así que éste en la fundación de su mayorazgo (22 de Febrero de 1498) dice: «Siendo yo nacido en Génova», y hablando luego por incidencia de esa ciudad á la que califica de «noble y poderosa por la mar», añade: «Della salí y en ella nací.» ¿No parece imposible que después de estas palabras pueda haber la discusión más mínima?

No son igualmente claros ni sabidos los hechos y aventuras del Almirante antes de su llegada á España, y aun puede añadirse hasta su salida en busca del nuevo Continente.

Que su padre se llamó Domenico, y fué cardador y tejedor de paños; que tuvo además de Bartolomé y Diego, que son

muy conocidos, otro hermano, que murió joven, y una hermana que permanece en la más completa obscuridad; que descendía de una familia noble, al menos en algunas de sus ramas; que sus estudios en Pavía debieron ser poco extensos por el tiempo que allí estuvo, y que á los catorce años estaba ya embarcado, he aquí todo lo que se sabe de su niñez.

Parece cierto que después de navegar muchos años por el Mediterráneo, á la sazón lleno de piratas berberiscos, y donde adquirió una herida, cuya cicatriz se abrió en los últimos años de su vida, estuvo como oficial á las órdenes de un pariente suyo, llamado también Colombo, y á quien Sabellicus llama «el ilustre archipirata», y posteriormente con otro no menos famoso corsario, llamado Colombo el Mozo.

Desprovisto de fundamento creo el combate y abordaje en las costas de Portugal, que fué seguido de un incendio, por librarse del cual, asido Colón á uno de los enormes remos que usaban las galeras de aquel tiempo, pudo ganar las costas de aquel reino. Refiérelo D. Hernando Colón, tomándolo del veneciano Marco Antonio Sabelico, pero no se fijó en que la fecha que supone es la de 1485, época en la cual el Almirante, no sólo había residido largos años en Portugal, sino que ya había venido á Castilla.

Su residencia en Lisboa puede fijarse hacia 1470. Era ya por entonces hombre de grandes conocimientos, adquiridos por el estudio y por la práctica del mar y del mundo. Aumentólos en gran manera en aquella ciudad, emporio por entonces de las ciencias náuticas y astronómicas, y sitio de reunión de los más afamados navegantes y cosmógrafos de Europa.

Aun resuenan en estas bóvedas los ecos de la magnífica conferencia que el ilustre historiador y literato lusitano Oliveira Martins, honra de la Península española, pronunció en el Ateneo acerca de los descubrimientos de los portugueses. En naves de esa nación había hecho Colón parte de sus viajes, y, según afirma Robertson, «en naves de esa nación fué donde se formó el descubridor de América.» Con una hija del hábil marino Bartolomé Muñoz Perestrello, llamada Felipa, casóse en Portugal, y de ella tuvo á D. Diego Colón, que fué con el tiempo sucesor en sus dignidades.

Ya por esta época concibió su grande idea; en aquella poderosa inteligencia surgió el pensamiento grandioso de buscar por el Occidente lo que hasta entonces en vano se había intentado hallar por el Oriente; de descubrir los secretos del mar tenebroso, tenido por inaccesible y lleno de todos los horrores que la imaginación popular y las pretensiones de la falsa ciencia atribuyen generalmente á lo desconocido y á lo inmenso. Tres causas le movían á la empresa, según D. Hernando Colón: fundamentos naturales, autoridades de escritores, é indicios de navegantes.

Y aquí surge naturalmente la cuestión de saber si Colón era hombre de ciencia ó era un ignorante, como en diferentes conceptos y por aun más diferentes motivos, pretenden á la par los enemigos encarnizados y los exagerados admiradores del Almirante.

Claro es que al hablar de ciencia hay que referirse siempre á lo que entonces alcanzaban los conocimientos humanos, y que suponer que podía llegar á los adelantos de los siglos posteriores sería hacerle un ser semidivino y sobrenatural.

Lo que hay que ver es si con la suma de todo lo conocido hasta entonces, añadido y muy especialmente iluminado con el esplendor del genio y de la intuición que le es propia, pudo Colón llegar á concebir su asombroso plan.

Extractemos sucintamente las razones que nos da su hijo el ya citado D. Fernando Colón, y que transcribió de labios de su padre. Consideró, dice, que toda la tierra y el agua del universo constituían y formaban una esfera, cuya vuelta se podía dar caminando los hombres hasta que llegasen á estar pies con pies unos con otros en cualquier parte que fuese, encontrándose á la opuesta. Una gran parte de esa esfera se había navegado, quedando sólo por descubrir el espacio que se extiende desde el Sur oriental de la India, de que Ptolomeo y Marín tuvieron conocimiento, hasta que, siguiendo el camino de Oriente, se volviese por nuestro Occidente á las Islas Azores y de Cabo Verde, que era la tierra más occidental descubierta hasta entonces. Dicho espacio no podía ser más que la tercera parte más grande del círculo de la esfera. Marín habia llegado en otro tiempo á Oriente en quince horas, ó parte de las veinticuatro

que forman la redondez del universo, y faltaban cerca de ocho para llegar á la isla de Cabo Verde. Pero como no había tocado al fin de la tierra oriental, resulta que, ó ésta se adelantaba mucho, y entonces la tierra estaba más cercana, ó era sólo mar, y éste podría ser reconocido en pocos días. Ahora bien; Ctesías, Mearca, Plinio y otros autores, afirmaban que la India era la tercera parte de la esfera y que tiene cuatro meses de camino, de donde deducía que estabamos más próximos á España por Occidente.

Inclinábase Colón á las opiniones de Alfergani y de su escuela, que hace á la esfera menor aún que los cosmógrafos citados, no atribuyendo á cada grado de la esfera más de 56 millas y dos tercios. Debía ser, por tanto, relativamente pequeño el espacio que Marín dejaba indeterminado, y que era la tercera parte de la esfera; y como la extremidad oriental de la India era desconocida, esta extremidad sería la tierra que se encontrase navegando al Occidente, pudiéndose llamar con justa razón Indias á las tierras que descubriese.

Vese en todo esto una mezcla singular de grandes y á la sazón atrevidas verdades y de afortunados errores, que unos y otros coadyuvaron de consuno al asombroso descubrimiento. La teoría de la esfericidad de la tierra había sido sostenida en antiguos tiempos, principalmente por la escuela pitagórica; pero en la Edad Media había sido rudamente combatida, aunque Petrarca y Dante la admitieron como hipótesis. La existencia de los antípodas era generalmente considerada, no sólo como un absurdo, sino que tenía cierto sabor herético, y la zona tórrida era tenida como inhabitable é imposible de abordar. Peor reputación gozaba aún el Océano, llamado por los árabes el mar tenebroso, y al que se suponía lleno de toda suerte de horrores, de monstruos y de peligros. Colón, con su ciencia y con su genio, se convenció de que la tierra era esférica, y que por tanto, se podía dar la vuelta al mundo, y éste fué el punto fundamental de su idea; convencióse asimismo de que esas preocupaciones sobre la zona tórrida y el Océano eran sólo producto de la imaginación y del horror á lo desconocido, pero es muy probable que no se hubiera lanzado á su atrevida empresa si hubiera tenido una idea exacta de la magnitud del globo, y de

la verdadera distancia que hay entre España y la extremidad oriental del Asia.

Tenía, pues, el Almirante toda la ciencia que era dable tener, dado el estado de los conocimientos de aquella época; y sus estudios especiales en tantos años de navegación y de viajes, sus profundas observaciones y su diaria experiencia, ayudaron grandemente al poder de su genio para realizar su inmortal hazaña. «Había en Colón, dice un escritor ilustre, dos hombres, como suele suceder en todos los que dejan un gran nombre; el de su siglo con sus ideas y errores, y un poder individual que le hace superior á sus contemporáneos.» Su extraordinaria penetración y fuerza intuitiva, le hicieron comprender antes que otro alguno fenómenos de la mayor importancia y que marcan grandes adelantos en la navegación. La declinación de la aguja magnética; la manera de encontrar las longitudes por medio de la diferencia de ascensión directa de los astros; la dirección de las corrientes pelágicas; la división de los climas del Océano; la diferencia de temperaturas, no sólo por las distancias del Ecuador, sino también por la diferencia de los meridianos; todos esos descubrimientos y otros más le son debidos y pueden añadirse á la inmarcesible gloria del gran Almirante de las Indias.

Grande era también el conocimiento que tenía de la Escritura y de los Santos Padres, sobre todo en aquello que se rozaba con su fija y grandiosa idea. El libro de las Profecías y sus cartas y relaciones dan de ello abundante prueba. Mayor aun era su estudio y su dominio de los filósofos griegos y latinos, cuyas citas se ven á cada paso en los escritos que de él se conservan.

Con sencilla ingenuidad, no exenta del convencimiento que da la superioridad propia, habla de todo esto Colón en una de sus cartas á los Reyes: «En la marinería me fizo Dios abondoso; de astrología me dió lo que abastaba y ansí de geometría y aritmética; y engenio en el anima y manos para debujar esfera, y en ella las cibdades, rios y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. Yo he visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografía, historia, corónicas y filosofía y de otras artes, ansí que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano

palpable á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecucion de ello.»

En esas sencillas palabras caracterizó Colón, no sólo su ciencia, sino su genio, que no es otra cosa según la profunda definición de Hegel, que la capacidad de crear unida á la energía necesaria para ejecutar.

Y en efecto; concebido y madurado su plan, y habiéndolo consultado con el notable físico y cosmógrafo Toscanelli, que le dió su aprobación y aplauso, principió sus gestiones para poner en ejecución su pensamiento.

Sostienen la mayor parte de los historiadores que la primera proposición que hizo fué al Senado de Génova, su patria, afirmación que ha sido puesta en duda por algunos, entre otros el diligente Navarrete. Sea lo que quiera, la República genovesa rechazó la propuesta juzgándola vano sueño y pura fantasía. Algunos, entre ellos Bossi y el mismo Roselly, añaden que también lo propuso á Venecia, que de igual modo rehusó sus ofertas.

Descartadas las dos poderosas Repúblicas que durante la Edad Media tuvieron el cetro de la navegación europea, ninguna nación se hallaba en circunstancias tan propicias como Portugal para lanzarse á esa deslumbradora aunque temerosa aventura. La afición á las ciencias geográficas y á la navegación, promovidas principalmente por el infante D. Enrique, los descubrimientos ya realizados y los preparativos para otros nuevos, y el espíritu nacional exaltado ante la perspectiva de futuras conquistas, todo podía hacer esperar á Colón en el buen éxito de sus esfuerzos; pero no estaba reservada á Portugal esa gloria. Acogióle el rey D. Juan II con cierto favor, pero habiendo convocado una junta compuesta de las personas más notables de su reino y presidida por el obispo de Ceuta, Diego Ortiz de Calzadilla, opinó ésta contra las propuestas del audaz navegante, á pesar de la acalorada defensa del Conde de Villarreal.

Difícil es defender la conducta de los consejeros de don Juan II y del mismo Rey en esta ocasión. Deseosos de que tan brillante empresa no escapara á Portugal, pero no queriendo dar á un extranjero la gloria y las recompensas que reclamaba, mandaron subrecticiamente un buque con pretexto de ir á las

islas de Cabo Verde, para que con los papeles y mapas de Colón, que éste había entregado sin desconfianza, navegase por el rumbo en ellos indicado hasta descubrir los anunciados países. Suerte grande fué para el ilustre genovés que el piloto y la tripulación, sobrecogidos por lo largo y lo desconocido del camino, volvieran á Lisboa, calificando de extravagancia la portentosa empresa.

Después de tan notoria mala fe, ¿qué mucho es que Colón anhelase salir de aquel reino, donde había estado á punto de perder malamente su gloria y su porvenir, y que cuanto antes y hasta en secreto por temor á asechanzas, que podía fundadamente temer, viniera á la más próxima nación, donde debía esperar por lo menos tranquilidad y confianza? Autores ha habido, sin embargo, que han querido ver en la salida del Almirante algo extraño, cuando lo extraño hubiera sido que continuara en aquel país después del triste desengaño que había sufrido.

Vino á España, y si controversias y obscuridades hemos visto hasta ahora, mayores son acaso y de más bulto las que se presentan durante su permanencia en Castilla, hasta que salió á cruzar el hasta entonces inexplorable Océano.

Había sido versión corriente entre los historiadores, que la primera entrada de Colón en España fué por Palos, y que al famoso aunque humilde convento de la Rábida llegó con su hijo Diego, para el cual pidió pan y agua á los religiosos, que con gran afecto y estimación le acogieron, y especialmente su Guardián, el P. Fr. Juan Pérez, que fué desde entonces su más decidido amigo y protector. Una declaración del médico de Palos, Garci Hernández, en el célebre pleito de los Pinzones, declaración en verdad no poco confusa y obscura, hizo poner en duda esa creencia á algunos escritores de nota, entre ellos á Navarrete y Rodríguez Pinilla. Pero las investigaciones recientes de otros, y señaladamente del P. Cappa, en sus notables *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, y del distinguido Rdo. P. Fr. José Coll, en su obra, en estos días publicada, *Colón y la Rábida*, han probado, en mi sentir, concluyentemente la verdad de dicha visita y estancia en el convento. Si como suponen los Sres. Navarrete y Pinilla,

las palabras del físico de Palos se refiriesen á 1491, era totalmente impropio el calificativo de *niñico* dado por éste al hijo de Colón, al que también Las Casas llama niño chiquito, siendo así que en esa época debía tener ya más de quince años, mientras que á su llegada á España (1484) tendría ocho, edad en que le cuadraban las citadas expresiones. Esa es además la opinión de D. Fernando Colón, de Fr. Bartolomé de las Casas y de Herrera, y en general de los historiadores contemporáneos ó poco apartados de la época del Almirante.

Me ha parecido conveniente fijarme algo en esta cuestión, porque acercándose la época del centenario del descubrimiento de América, y habiéndose de celebrar la gloria del Almirante y de los que más contribuyeron á tan importante suceso, justo es que aquel modesto convento en que Colón obtuvo refugio y sostén en su pobreza, consuelos y esperanzas en sus desfallecimientos, y favor y apoyo quizá decisivo en su empresa, obtenga el justo aplauso y la parte no pequeña de gloria que le corresponde. Cuatro veces visitó Colón el monasterio de la Rábida, y en circunstancias bien distintas. Acabamos de hablar de la primera cuando, errante y sin amparo, llena su mente de proyectos y su corazón de esperanzas y de ilusiones, halló en él descanso para su cuerpo, alimento para su hijo, y quizá, más que todo eso, un alma noble y entusiasta que le comprendiera. Volvió en 1491, cuando, lleno de amargura y desesperación, iba á abandonar á España, y allí encontró alientos para insistir, esperanzas para luchar y armas con que vencer. Y venció su genio y su fe robusta; y en el convento de la Rábida le vemos hacer los preparativos de su viaje inmortal, y esos humildes frailes bendicen sus naves, y del inmediato puerto de Palos salen las tres carabelas. Finalmente, verificado su portentoso descubrimiento, lleno de fama y de inmarcesible gloria, torna al humilde monasterio á estrechar la mano de los bondadosos frailes y á dar con ellos las gracias á Dios, que le había hecho triunfar de tantos obstáculos, y obtener tan deslumbradores resultados.

La importancia suma que en la vida de Colón tuvo este convento de la Rábida, y muy especialmente Fr. Juan Pérez, Guardián, á lo que parece, de esa comunidad, da interés á otro punto histórico muy debatido, y también en mi concepto resuelto defi-

nitivamente, á saber: ¿Fué uno solo ó fueron dos los religiosos franciscanos que con la mayor decisión y eficacia ayudaron al Almirante? Sabido es que ha pasado durante muchos años como moneda corriente, que el amigo y protector de Colón se llamaba fray Juan Pérez de Marchena, al que no falta quien llama fray Juan Antonio Pérez de Marchena. Examinando con detención los documentos de la época, especialmente las declaraciones de los testigos en los pleitos famosos de que ya he hecho mención, y las cartas del mismo Colón, no cabe duda de que eran dos, llamado el uno Fr. Juan Pérez, Guardián del convento y confesor que había sido de la reina Isabel, y el otro, Fr. Antonio de Marchena, religioso de la misma Orden y muy versado en estudios astronómicos y geográficos. La declaración del Alcalde de Palos, Alonso Vélez Allid ó Alcaide (que de ambas maneras se ha leído), es ya, de por sí sola, concluyente, pues refiriéndose á personas que conoció, y cuando ya tenía cerca de treinta años, dice que Colón había hablado de su descubrimiento en la Rábida «con fraile *estrólogo*..... e ansi mesmo con un Fr. Juan, que había servido siendo mozo á la reina Isabel.» De Fr. Juan Pérez hablan igualmente el médico Garci Hernández en su declaración, y Arias Pérez en la suya, y en sus historias D. Hernando Colón, Oviedo y Fr. Bartolomé de las Casas, el cual le da los antedichos dictados de Guardián y de confesor de la Reina.

El mismo Obispo de Chiapa nos da noticias precisas sobre fray Antonio de Marchena, de quien dice, refiriéndose al Almirante, «fué el que mucho le ayudó á que la Reina se persuadiese y aceptase la petición.» Los Reyes Católicos, en una carta á Cristóbal Colón, le dicen: «Nos parece que sería bien llevasedes con vos un buen estrólogo, y nos paresció que seria bueno para esto Fr. Antonio de Marchena, porque es buen estrólogo, y siempre nos paresció que se conformaba con vuestro parecer.» Por último, en carta del propio Colón á los Reyes, citada por Las Casas, dice en un acceso de amargura: «Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.»

Dispensadme, señores, que me haya detenido en estos puntos, que algunos encontrarán poco importantes, pero yo en-

tiendo que sobre que tienen interés y no pequeño, tratándose de personas que tanta influencia tuvieron en la vida del descubridor de América, y en el descubrimiento mismo, entiendo digo, que mi principal objeto en esta noche no es hacer una narración detallada y cronológica de la vida del Almirante, sino fijarme en los puntos controvertidos, y que con razón llama nuestro distinguido consocio el Sr. Fernández Duro, la *Nebulosa de Colón*, pasando ligeramente sobre los hechos corrientes y de todos conocidos.

Tenemos, pues, á Colón, que viniendo de Portugal de *arribada*, como afirma el citado Garci Hernández en su declaración, desembarcó en Palos, sin saber á dónde había de dirigirse, aunque según una carta muy notable del Duque de Medinaceli, que inserta en los documentos Navarrete, pensaba ir á Francia; tropezó en el convento de la Rábida con personas con quienes pudo entenderse; Fr. Juan Pérez y el Padre Antonio de Marchena comprendieron su trascendental ideal y trataron de encaminarle á fin de que éste se realizase. Conocedores como eran estos religiosos del estado de la nación, sabiendo que los Reyes Católicos hallábanse á la sazón en situación harto difícil, hostigados á la vez por las luchas intestinas que los próceres, aun no domados, suscitaban en varias comarcas de la nación, y por la guerra con los moros de Granada, que como en glorioso testamento habían recibido de sus progenitores, comprendían que era casi imposible que acogieran unos proyectos que ellos aplaudían con el entusiasmo propio de la fe, pero que no podían hallar acceso en Monarcas que tenían tan graves y tan inmediatas obligaciones que cumplir. No es, pues, extraño que tanto ellos como el médico Garci Hernández que, como docto en cosmografía, había sido llamado por el Guardián de la Rábida, aconsejasen á Colón que se dirigiera á algún magnate español que, dadas las pocas exigencias del navegante, podría llevar á cabo su empresa. Era á la sazón el Duque de Medinasidonia el señor más poderoso de Andalucía. Dueño de la mayor parte de la actual provincia de Huelva, incluso de la capital, de gran porción de la de Cádiz y de la de Sevilla, sostenía en esta ciudad una verdadera corte y otra no menos espléndida en Sanlúcar de Barrameda, donde sacaba crecidísima renta de su privilegio de

las almadrabas, de donde vino la locución famosa: «por atún y á ver al Duque.» Tenía con este motivo una flota considerable, y no le hubiera sido ciertamente difícil dar á Colón los medios de realizar su anhelado viaje. Encaminóse, pues, el atrevido navegante á Sevilla, donde había á la sazón varios genoveses, banqueros por lo general, y entre ellos Juan Berardi, hombre rico é influyente en cuya casa estaba empleado el que luego fué tan célebre, Amérigo Vespucio. Con cartas del Guardián de la Rábida dirigióse Colón al Duque de Medinasidonia, pero no hallando facilidades en éste, presentóse con iguales recomendaciones al Duque de Medinaceli, señor no menos poderoso que el anterior y que en su ciudad del Puerto de Santa María tenía igualmente elementos marítimos suficientes para la expedición. La acogida que le dió el Duque no pudo ser más lisonjera, pues según dice el mismo Medinaceli en su carta al Cardenal Mendoza, que inserta en sus documentos Navarrete: «yo tove en mi casa mucho tiempo á Cristóbal Colomo....., pues á mi cabsa y por yo detenerle en mi casa dos años y haberle enderezado á su servicio (el de los Reyes), se ha hallado tan grande cosa como esta.» Pensó el Duque en intentar la empresa. «Se venía de Portugal, dice, y se quería ir al Rey de Francia..... é yo le quisiera probar y enviar desde el Puerto, que tenía buen aparejo, con tres ó cuatro carabelas que no demandaba más, pero como vi que era esta empresa para la Reina nuestra señora, escribílo á S. A. desde Rota, y respondióme que ge lo enviase; yo ge lo envié entonces.»

Recomendado, pues, por el Duque de Medinaceli, presentóse Colón en la corte en 20 de Enero de 1486. Hallábase ésta en aquel momento en Córdoba, y aquí empiezan, ó por mejor decir, continúan las tribulaciones del insigne marino. «Á la verdad, exclama Prescott, las divergencias que se hallan entre los antiguos escritores son tales, que hacen desesperar de que se pueda fijar con exactitud la cronología de las vicisitudes de Colón anteriores á su primer viaje.» Ya lo hemos ido notando en los hechos anteriores, no menos difíciles de puntualizar son los que siguen.

La recomendación del Duque de Medinaceli debió ser especialmente para Alonso de Quintanilla, Contador mayor del

reino, cargo equivalente al actual de Ministro de Hacienda, y la fuerza persuasiva de Colón se demuestra en el hecho de haber convencido y atraído á su proyecto, al que por razón de su empleo debía ser como han solido ser sus sucesores, el mayor enemigo de todo nuevo plan, sobre todo si envolvía necesarios gastos.

Quintanilla, decidido sostenedor de Colón desde aquel momento, le presentó y recomendó á su vez al Cardenal Mendoza, personaje que se consideraba el de más autoridad é influencia que había entonces en Castilla, y á quien se conocía por el título de Gran Cardenal de España.

Habiéndole oído, parecieronle muy bien las razones que daba de su intento, y según las palabras de Salazar de Mendoza, el Cardenal, que lo mandaba todo, le negoció audiencia de los Reyes y lugar para que los informase. Estos fueron los primeros protectores de Colón, ya veremos que después su número fué aumentando.

Veamos ahora el retrato físico y moral que de él hacen los escritores contemporáneos ó más próximos á su época. «De franca y varonil fisonomía, dice Herrera, alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca, que tiraba á rojo encendido, la barba y cabellos canos, gracioso y alegre, bien hablado y elocuente»; y Fr. Bartolomé de las Casas añade: «Era grave en moderacion, con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero, con moderada gravedad y discreta conversacion. Ansi podia provocar fácilmente á su amor á cuantos le viesen; aunque representaba por su venerable aspecto persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia. Era sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar.»

Pero para que ni aun en esto deje de haber divergencias y contradicciones, Gómara, que escribía en la misma época que Herrera, dice: «Era el Almirante hombre de buena estatura y membrudo, cariluengo, bermejo, pecoso y enojadizo y crudo y que sufría mucho los trabajos.» Por donde se ve que mientras el P. Las Casas y Herrera le pintan gracioso y alegre, y afable y placentero é inspirando amor á cuantos le veían, Gómara le representa enojadizo y crudo, y Benzoni dice de él: «*Iracundiæ*

*tamen pronus, si quando conmoveretur.»* Inclínome al parecer del Obispo de Chiapa, no sólo porque fué amigo y compañero de Colón, sino porque en sus obras trata á éste con una imparcialidad vecina á veces de la crueldad y de la injusticia.

Presentóse, pues, Colón á los Reyes Católicos, y en verdad que no pudo haberse presentado en peor ocasión. Hallábanse los Reyes en lo más crudo de la campaña que con profunda política y acierto sin igual habían organizado para contener la soberbia de los grandes, la anarquía de las ciudades, la indisciplina de las Órdenes militares; para restablecer, en una palabra, el orden y la paz y con ellos la autoridad y la justicia. Había precisamente por aquellos días graves revueltas en Galicia, donde el Conde de Lemos se había alzado con varias fortalezas importantes, y el señor de Salvatierra promovía desórdenes, y en la ciudad de Trujillo, que se había sublevado con motivo de la prisión de un clérigo. La guerra de los moros seguía al mismo tiempo con vario suceso, habiendo sufrido el año anterior las armas cristianas la triste derrota de la Axarquía y el forzoso alzamiento del cerco de Loja, descalabros ambos en que corrió abundante la sangre de la primera nobleza castellana. Por fortuna, el final de la campaña había sido más propicio, tomadas Coin y Alozaina, Ronda y Marbella, y prisionero el rey Boabdil el Chico.

¿Qué extraño es que en medio de estas gravísimas preocupaciones, de esos deberes apremiantes y continuos, acogieran los Reyes, si no con desdén, con cierta frialdad, las ofertas de un extranjero obscuro y sin crédito, rechazado ya por otros soberanos, y que venía ofreciendo planes que debían ser considerados como muy problemáticos, si no totalmente descabellados?

Hase tachado al rey D. Fernando por la prevención y poco favor con que acogió el proyecto, pero ¿pudo hacer otra cosa en aquellas circunstancias? No, ciertamente; porque entre el genio y la fe entusiasta de Colón y el talento positivo y práctico del Rey Católico, tenía forzosamente que reñirse una tremenda batalla.

Así como en el orden físico la lucha por la existencia es ley universal, así esa misma lucha tiene lugar en el orden moral é intelectual, y no con menor violencia. Batallan los seres por

conservarse y reproducirse á costa de otros seres más débiles ó menos osados; con igual energía las ideas chocan y contienden, y encarnizadamente se disputan la victoria. Terrible es y triste al mismo tiempo en esas contiendas la lucha de la ignorancia con el saber, de la mala fe con la virtud, de la impiedad ó el fanatismo contra el sincero sentimiento religioso, lucha tanto más triste cuanto que no es siempre lo más noble ni lo más justo lo que obtiene el triunfo; pero no hay acaso combate más duro y más desconsolador que el del talento con el genio, de lo meramente racional y positivo con lo sublime. El más insigne de los escritores españoles lo caracterizó en inmortales páginas. Suele consistir el talento en un gran equilibrio de facultades; en el genio hay siempre algún desequilibrio que le hace aproximar muchas veces para el común de las gentes á la monomanía, si no á la demencia. Al decir Víctor Hugo que la obra del genio es lo sobrehumano saliendo del hombre, y Séneca «*nullum ingenium magnum sine mixtura dementiæ fuit*», apoyan esta misma idea. ¡Cuántas veces habrán sido calificados de locos hombres de verdadero genio! Y el mismo Colón si no hubiere encontrado quien le proporcionara medios para sus portentosos descubrimientos, ¿quién duda que hubiera sido tenido por muchos como demente, hasta que otro más afortunado hubiera con el tiempo realizado su grandiosa idea?

Era D. Fernando el Católico hombre, sin duda, de superior talento, aunque su ilustración no fuera grande. Teníale el famoso Maquiavelo, gran maestro en la materia, como el primer político, acaso, de un tiempo en que tanto abundaron los grandes políticos. Distinguióse no menos como capitán ilustre y como administrador habilísimo. Hombre práctico y positivo, como el que tantos años tiene á su cargo el supremo manejo de intereses graves y complicados. Espíritu cauteloso y frío, defecto de sus mismas cualidades, como exageración de la prudencia y de la dignidad. ¿Era hacedero que con esas cualidades y defectos se entendiera fácilmente con Colón, que se presentaba tan á destiempo y con planes é ideas, deslumbradoras, sí, pero al cabo, para los hombres de aquella época, poco acomodadas á la realidad, por no llamarlas imposibles y absurdas?

Formóse un partido contrario á Colón, á cuyo frente se puso

el Prior de Prado Fr. Hernando de Talavera, después Arzobispo de Granada, hombre de mérito y de no vulgar doctrina, pero movido por razones análogas á las del Rey, y por todo extremo tenaz y aferrado á sus opiniones.

Entonces empezó para el genovés insigne aquella, como dice Las Casas, «terrible, continua, penosa y prolija batalla, que por ventura no le fuera tanto áspera ni tan horrible la de materiales armas, cuanto la de informar á tantos que no le entendían aunque presumían de le entender, responder y sufrir á muchos que nó conocían ni hacían mucho caso de su persona, recibiendo algunos baldones de palabras que le afligían el alma.»

Resolvieron los Reyes someter el asunto á una Junta de letrados que oyesen á Colón más particularmente y viesen la posibilidad é importancia de su empresa, informando después de todo á Sus Altezas. Lo encomendaron principalmente á Fray Hernando de Talavera para que designara las personas doctas en cosmografía que, bajo su presidencia, habían de formar la Junta; y dicho se está, sabiendo lo contrario que era el Prior de Prado al eximio marino, que la Junta le fué desde el principio hostil, á lo cual hay que añadir que Colón, temiendo le sucediese lo que con el Rey de Portugal, calló gran parte de sus razones.

El resultado fué el que era de esperar. Sus promesas y ofertas fueron juzgadas «por imposibles y vanas y de toda repulsa dignas», según la expresión del P. las Casas. En ese sentido informaron á los Reyes, pero éstos no le quitaron toda esperanza «de volver á la materia cuando más desocupadas sus Altezas se vieran.»

Y aquí llega otro punto, hasta ahora obscuro y que ha sido objeto de no pocas discusiones, hasta que en tiempos recientes la luz se ha hecho acerca de él, quedando en mi concepto completamente esclarecido: ¿Fué una sola la Junta en que Colón discutió sus planes, ó fueron dos? La respuesta á esta pregunta importa grandemente para la honra de España y de la célebre Universidad de Salamanca, á la sazón uno de los focos científicos más importantes de Europa. Fueron dos sin duda: la Junta de Córdoba, de que acabo de hablar, y las Conferencias de Salamanca, de que sucintamente he de ocuparme. El breve

espacio de tiempo que entre una y otra medió, y la similitud del objeto han hecho confundir generalmente la una con la otra, ó por mejor decir, valiéndose del mismo procedimiento que hemos visto al tratar de Fr. Juan Pérez y del P. Marchena, se hicieron de las dos una sola. Washington Irving, Prescott, Humboldt y el mismo Navarrete caen en este error, y suponen que esa única junta se celebró en Salamanca.

Aparte de otras muchas pruebas que cumplidamente demuestran que las Juntas de Salamanca fueron distintas de las de Córdoba, hay una á mi parecer evidente. Ya he dicho que los Reyes sometieron las propuestas de Colón á una junta de personas entendidas, y encargando exclusivamente de ese asunto á fray Hernando de Talavera, que no sólo la presidió personalmente, sino que designó él mismo los que la habían de componer, é hizo prevalecer en ella sus opiniones. Pues bien, es cosa averiguada que cuando tuvieron lugar las conferencias de Salamanca, que fué á fines de 1486, á tiempo que los Reyes residieron algunos meses en esa ciudad, de regreso de su expedición á Galicia, Fr. Hernando de Talavera no estuvo en Salamanca, según el testimonio de Pulgar, Zúñiga, Carvajal, el Cronicón de Valladolid y demás cronistas de la época; y es más, se sabe que, habiendo sido nombrado ya Obispo de Avila, estaba visitando su diócesis, como lo afirma Ariza en sus *Grandezas de Ávila*. Los trabajos de varios escritores modernos, y señaladamente del Sr. Rodríguez Pinilla no dan lugar á duda de que no sólo hubo dos juntas, sino que éstas fueron totalmente diferentes y aun contrarias en su origen, en su acción y en sus resultados.

Fueron las primeras oficiales, como mandadas convocar por los Reyes, las segundas fueron puramente oficiosas, aunque con asentimiento de sus Altezas. Dominó en las de Córdoba, Talavera; el alma de las de Salamanca fué el famoso Dominico fray Diego de Deza, maestro del príncipe D. Juan y gran amigo y protector de Colón. Era el ilustre Deza Prior del gran convento de San Esteban de Salamanca, y catedrático de Prima de su célebre Universidad, y tenía, por tanto, suficiente conocimiento de ella para comprender que ese emporio de ilustración y de ciencia había de hacer justicia al insigne navegante.

Y así fué, en efecto: albergado y sostenido por el monasterio de San Esteban y por su Prior, que le acompañó y le prestó el gran apoyo de su autoridad y de su posición, pudo el gran Colón hacerse oir de los sabios doctores, exponer ante personas doctas é imparciales sus trascendentales teorías, y atraer á sus opiniones la gran mayoría de tan sabia asamblea, no obstante las intrigas é impugnaciones de los partidarios de Talavera, que á pesar de la ausencia de su jefe no dejaron de concurrir.

El efecto fué grandísimo, y bien pronto se conoció por sus resultados. Había sido Colón despedido más ó menos cortesmente después de las juntas de Córdoba; después de las de Salamanca, y en virtud de los favorables informes de la ilustre asamblea que certificó de lo «seguro é importante del asunto», el futuro Almirante fué llamado al servicio de los Reyes, y á su lado estuvo durante la campaña contra los moros y, aguardando el final de aquel último y decisivo paso para la unidad de España.

Era la campaña por entonces tan marítima como terrestre. Hallábase España, con respecto á Granada, en situación análoga á la que pinta la fábula de Hércules luchando con aquel gigante hijo de la tierra, y que cada vez que caía recibía nuevos alientos y fuerzas de su madre. Todos los esfuerzos eran vanos si los moros seguían recibiendo continuos refuerzos de África, y las escuadras de Castilla debían, por tanto, estorbar el paso del estrecho á las huestes agarenas. No había, pues, que pensar en armamentos; el estado del Tesoro era además tan angustioso, que hubo que agradecer al Duque de Medinasidonia un préstamo de veinte mil doblas de oro. Colón en tanto asistió con los Reyes á la toma de Málaga, y residiendo generalmente en Córdoba, conoció en ella á Doña Beatriz Enríquez de Arana, de la que tuvo á D. Hernando Colón, á quien varias veces he mencionado como historiador de su padre. En vano se han esforzado el P. Civezza, el Sr. Lorenzo, y sobre todo el Conde Roselly de Lorgues en querer demostrar que el Almirante se casó con ella. Las cartas y el testamento de Colón contiene estas terminantes palabras: «Mando (á mi hijo D. Diego) que haya encomendada á Doña Beatriz Enríquez, madre de D. Hernando, mi hijo, que la provea que pueda vivir honestamente, como á persona á quien

yo soy en tanto cargo. Y esto se haga por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima. La razón de ello non es lícito de la escribir aquí.»

Mientras durase la guerra, debió ser escasa la esperanza de Colón, resistió éste, sin embargo, las ofertas que le hizo el Rey de Portugal en carta que copia Navarrete. La guerra de Murcia y el casamiento del príncipe D. Juan ocuparon el año de 1488. La toma de Baza, Guadix y otras plazas el de 89. Señálanse los de 90 y 91 por la gloriosa campaña contra Granada misma. Estando los Reyes en el Real de Santa Fe, y á punto de rendirse la opulenta capital, llega ya el momento supremo para Colón; jamás el genio y la voluntad han tenido manifestación tan grande. El hombre de la capa raída y pobre se presenta á los Reyes, y después de tantos años de esperanzas y desilusiones, formula sus propuestas como si fuera un triunfador glorioso. Su mismo hijo D. Hernando reconoce que fueron excesivas sus pretensiones. «Pareció, dice, cosa dura concederlas, pues saliendo con la empresa parecía mucho, y malográndose ligereza.»

Aprovecháronse los enemigos de Colón, y sobre todo el padre Talavera, indicado ya para Arzobispo de Granada, y lograron perder completamente á Colón en el ánimo del Rey. Y en verdad que no es dable negar que la prudencia y la hábil política de D. Fernando no se desmintieron en esta ocasión, y la experiencia acreditó la imposibilidad de las proposiciones. Rechazadas, pues, éstas, sin haber querido el gran marino ceder ni en lo más mínimo, volvió á la Rábida, donde por fortuna suya y de España el P. Fr. Juan Pérez, Guardián del convento y antiguo confesor de la Reina, de quien ya hemos hablado, le disuadió de salir del Reino, y con vivas instancias le determinó á aguardar sus gestiones. No tardaron éstas en surtir efecto. Los amigos de Colón habían trabajado en su favor, y la vehemente intervención del Guardián de la Rábida decidió á la reina Isabel. Llamado nuevamente á la corte, para lo que se le entregaron 20.000 maravedís en florines por conducto del Alcalde de Palos, se reanudaron las negociaciones. En vano la Marquesa de Moya, el P. Fr. Diego de Deza, Cabrero, Gricio, el P. Marchena y demás amigos de Colón trataron de arreglar el asunto por medio de mutuas concesiones. Aquí se reveló más

que nunca el carácter firmísimo y la enérgica voluntad de Colón. Mantúvose inflexible, y ya estaba segunda vez en camino para alejarse de la corte perdida toda esperanza, después de veintidós años de ilusiones y de amarguras, y cuando tocaba con la mano el premio de su constancia y de su genio, cuando un alguacil de corte le alcanzó á dos leguas de Granada, en la Puente de Pinos. Habíase la Reina, entusiasta ya del proyecto, dejado convencer por los razonamientos y los ruegos de los partidarios de Colón, y muy especialmente por los de Luis Santángel, secretario de raciones de Aragón. Y la magnanimidad de Isabel aparece allí entera. Después de tanta guerra estaba el Tesoro exhausto, pero llega á tanto su nobleza y su decisión que exclama: «Si todavía os parece que ese hombre no podrá sufrir tardanza, yo tendré por bien que sobre joyas de mi recámara se busquen prestados los dineros que para hacer la armada pide Colón, y váyase luego á entender en ella.»

Había sonado la hora del triunfo del grande hombre. Después de tantos años de esperanzas y de sinsabores, de luchas y de descalabros, de constancia y de fe, pero también de dudas y de desalientos, puede calcularse la alegría del gran navegante sólo comparable á la que sintió al hallar la tierra que su genio había presentido.

Nombrósele Almirante, Virrey y Gobernadór general de todos los países que descubriese, con todos los privilegios de que gozaba en España el Almirante de Castilla, dignidades que habían de ser hereditarias en su familia; otorgósele el diezmo de todas las mercaderías, incluso el oro y las piedras preciosas que «se compraren, trocaren, fallaren, ganaren e hobieren dentro de los límites de dicho almirantazgo», con otras grandes mercedes como el nombramiento en terna de los empleos, la atracción á su tribunal de los pleitos mercantiles, y el derecho de contribuir y pagar la octava parte de gastos y percibir también la octava parte de beneficios.

Y llena la mente de halagüeñas ideas y el corazón de regocijo, encaminóse por tercera vez á Palos y á la Rábida, que parecían tener benéfico influjo en los destinos del Almirante, para aprestar su armada y disponer su maravilloso viaje.

Pero no habían terminado las tribulaciones de Colón. Ape-

nas conocida en Palos la temeraria empresa, el terror y la desconfianza se apoderaron de la gente de mar, y á pesar de las órdenes reales disponiendo que las dos carabelas que tenía obligación de tener aparejadas ese puerto por no se sabe qué falta ó delito, se pusieran inmediatamente á las órdenes del Almirante, fué tal la resistencia, que ni aun el comisionado de Sus Altezas, que vino autorizado para tomar los barcos que se juzgasen convenientes y obligar á patronos y marineros á que se embarcasen, pudo vencerlas. ¿Qué mucho que tal hicieran marinos hábiles y valientes, pero ignorantes al fin y llenos de preocupaciones, cuando los célebres cosmógrafos de Italia y de Portugal habían dado la empresa como imposible? Las más atrevidas navegaciones que se habían hecho hasta entonces, alejábanse poco de la costa. Los mismos descubrimientos de los portugueses, considerados con razón como asombrosos, se reducían á ir rodeando el continente africano, y aun no se había doblado el Cabo de las Tormentas. Lanzarse por un mar desconocido y que se consideraba como inmenso y lleno de horrores de todo género, sin volver á ver tierra y con desconfianza completa de jamás encontrarla; guiados, además, por un extranjero desconocido, era, en verdad, demasiado exigir á gente ruda, á quien no podía convencer la ciencia, ni someter la reflexión.

En este momento crítico aparece un hombre de sobresaliente mérito y á quien no ha hecho justicia la Historia. Este hombre es Pinzón. Jefe de una casa rica y considerada del país, gran marino, experto y entendido, gozaba Martín Alonso Pinzón del mayor prestigio é influencia con la gente de mar, á quien había guiado muchas veces en los temporales, salvado en los peligros y socorrido en las necesidades. Hombre de gran corazón y de pensamientos elevados, comprendió fácilmente á Colón y adoptó con tal entusiasmo sus ideas, que logró comunicárselas á sus hermanos, parientes y amigos. La empresa, hasta entonces tenida por descabellada, principió á considerarse hacedera desde el momento que un hombre de la posición y fortuna de Pinzón, no sólo la daba calor y vehemente apoyo, sino que ofrecía embarcarse el primero y con él sus hermanos y parientes. No hay testigo en el pleito varias veces citado, que no

declare que sin los Pinzones, y especialmente sin Martín Alonso, no hubiera podido Colón armar sus carabelas, ni emprender su glorioso viaje. Añade Las Casas y otros historiadores, que Martín Alonso Pinzón, solo ó con sus hermanos, prestó al insigne genovés el medio cuento de maravedís que necesitó éste para su octavo y para acabar de arreglar los barcos, pues no había bastante con lo dado por la Corona y adelantado por Santángel.

No es, pues, dable negar una parte muy considerable de gloria, en esa portentosa empresa, al hombre ilustre que sin pedir deslumbradoras recompensas, expuso por ella su honra, su fortuna y su vida, y tuvo tan decisiva influencia, no sólo en los aprestos de la expedición y en la expedición misma, sino en medio de ese mar tenebroso, nunca hasta entonces explorado, donde su prestigio y su entereza salvaron acaso á Colón de gravísimos peligros.

¿Empece esto en algo la gloria de Colón? No, ciertamente, como la fama de Seleuco ó de Antioco no daña, antes enaltece, la de Alejandro, ni la de Bernadotte y Massena la de Napoleón.

Dejemos al Almirante embarcado ya en la *Santa María*, seguido por la *Pinta* y la *Niña*, mandadas por Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yáñez. Un ilustre consocio nuestro, el Sr. Fernández Duro, os explicará harto más elocuentemente que yo, en una próxima conferencia, las vicisitudes y aventuras de sus gloriosos viajes y de su asombroso descubrimiento.

Si el alto mérito de Pinzón, de Deza y de otros favorecedores de Colón; si la misma excelsa y nobilísima figura de la reina Isabel no disminuyen ni en un ápice la gloria sin par del Almirante, no son tampoco parte á empañarla en lo más mínimo los defectos que sin duda tuvo. «Los hombres de genio, dice Víctor Hugo, tienen, sin duda, originalidad exuberante, tienen defectos. No importa. Es necesario tomar á esos hombres como son, con sus defectos, so pena de hacerles perder al mismo tiempo sus cualidades.»

Túvolos Colón sin duda. ¿Quién puede negarlo, si, como ya he dicho, no cabe en la débil naturaleza humana la perfección?

Pero esos defectos gravemente exagerados por sus émulos y sus contrarios eran, después de todo, los propios de su época y de su nación, eran algunos de ellos nacidos de sus propias eminentes cualidades, eran los restantes no absolutos, sino relativos al ser puestos en parangón con sentimientos verdaderamente extraordinarios y que pudiéramos calificar de sublimes de personas que estuvieron en inmediato contacto con él.

Hásele motejado, por ejemplo, de codicia. Hay que notar, ante todo, que la preocupación vulgar respecto á los originarios de Génova, era en aquel tiempo y en los posteriores tal, que era muy difícil que de él se hubiera librado, aunque hubiera ostentado la generosidad y desprendimiento más notorios. Eran entonces considerados los genoveses como lo han sido y lo son en el día de hoy los judíos en varios países de Europa, y los chinos en América. Suponíase que todo genovés era codicioso, y que el numerario iba siempre á parar á sus manos. Buena prueba de ello son los dichos populares, los versos de nuestros grandes poetas. Dice, por ejemplo, Quevedo hablando del dinero:

«Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene á morir en España
Y es en Génova enterrado.»

Y en otra composición famosa:

«Buen andrajo cuando seas,
Porque todo puede ser,
Ó provisión ó decreto
Ó letra de ginovés.....»

Y los religiosos franciscanos escribían al cardenal Cisneros: «Que V. S. trabaje con sus Altezas como no consientan venir á esta tierra ginoveses, porque la robarán e destruirán.»

No es dable negar que Colón se preocupó mucho de las riquezas del mundo que había descubierto, y que la busca del oro fué una de sus ideas más fijas. Al recorrer las páginas de su Diario se ve continuamente ese afán. «Con la ayuda de Nuestro Señor no puedo menos de encontrarlo allí donde nasce», dice más de una vez, y en mil formas ese concepto está repetido en sus relaciones. ¿Puede por eso achacársele vulgar codicia y an-

sia inmoderada de lucro? El historiador imparcial debe, en mi concepto, afirmar que no. La elevación de ideas y la superioridad de alma del gran navegante repugnan demasiado á esa sórdida mezquindad. Consigna además la Historia rasgos suyos, que revelan no sólo generosidad y desprendimiento muy grandes, sino bondad y nobleza de corazón extraordinario. Baste citar su conducta con los que se le sublevaron en la isla de Jamaica, traición verdaderamente tristísima, y de la que él mismo dice en una de sus cartas: «Alzáronse en la Jamaica de que yo fuí tan maravillado como si los rayos del sol causaran tinieblas. Yo estaba á la muerte, y me martirizaron cinco meses con tanta crueldad sin causa.» Pues bien, á esos mismos rebeldes que de tal suerte le habían ofendido y maltratado, los tuvo presos y á su disposición, y él no sólo les dió inmediatamente libertad, con excepción tan sólo de su jefe é instigador Porras, sino que de lo que le entregaron luego en Santo Domingo, como parte de lo que le correspondía en las rentas de la isla, separó una gran cantidad para repartirla entre sus compañeros de infortunio sin exceptuar á los rebeldes, que recomendó como á los demás á la generosidad y á la justicia de los Reyes.

No había, pues, codicia en Colón. Lo que había en él eran dos grandes impulsos harto más conformes á su noble carácter. Era el uno el naturalísimo deseo de hacer ver la importancia de los países que iba descubriendo, importancia que á la sazón se traducía especialmente por las riquezas y el oro que dichas tierras produjeran. No hay que olvidar que todo el afán de los venecianos y genoveses de acercarse á la India por el mar Rojo, y de los portugueses por hacer directamente la navegación doblando el Cabo de las Tormentas, no tenía otro objeto que el de traer de esa riquísima región los perfumes, las especias, y, sobre todo, el oro y las piedras preciosas. Todo el apoyo que el Almirante ansiaba lograr de la nación y de los Reyes para extender y aumentar sus descubrimientos, dependía casi exclusivamente de las riquezas que descubriera. Su deseo de oro era, pues, un medio, más que un fin; era una de las muchas palancas que su poderosa voluntad aprovechaba para completar su glorioso descubrimiento. Pero no era sólo eso. Colón, como todo hombre de genio, era algo soñador. Como él lo han sido

casi todos los grandes hombres que ha producido la humanidad. Él, cuya inmarcesible gloria había de ser el Occidente, tuvo siempre fija la vista en el Oriente. Teníala en dos conceptos. Era su idea nacida de un afortunado error, el encontrar caminando hacia Occidente una navegación directa y relativamente corta al extremo Oriente. Pero además había concebido su ánimo religioso y exaltado el pensamiento, verdaderamente grande aunque quimérico, de dedicar las grandes riquezas que pensaba acumular á conquistar la Tierra Santa y librar el sepulcro de Cristo del poder de los infieles. En muchas de sus cartas y relaciones está expuesta esa idea, y hasta se apoya en profecías que parecían asegurar que de España había de salir quien llevara á cabo tan sagrada empresa.

Hásele igualmente achacado el defecto de severidad excesiva, sin tener á mi ver bastante en cuenta el tiempo en que vivió, y lo que las conquistas en países bárbaros suelen por desgracia exigir. No hizo, por cierto, Colón lo que otros descubridores tenidos en general por humanos hicieron. No dejó, como Vasco de Gama, hundirse en el mar un buque lleno de tripulantes sin mandar una lancha en su socorro; ni mucho menos, como Alfonso de Alburquerque, fué recorriendo costas y, ya matando habitantes, ya cortando á otros narices y orejas, sembró el terror y la desolación por todo el país. Sin que yo sincere en absoluto á Colón, hay que hacerle la justicia de que si no fué á veces blando en los castigos, era las más veces impulsado por la necesidad; teniendo que imponerse él, extranjero y con poca autoridad, á gente aventurera é indócil y á salvajes mal avenidos con la inesperada invasión.

Sucede, además, en esto de la crueldad, como con otro de los cargos que se hace al Almirante, y es el haber traído algunos indígenas de los países descubiertos para venderlos como esclavos. Uno y otro cargo tienen poco de absoluto, dadas las costumbres de la época y las condiciones de una guerra de conquista. Tras de la toma de Málaga, que tuvo lugar pocos años antes del descubrimiento, se vendieron y repartieron no pocos moros prisioneros, y en el vecino reino de Portugal eran traídos como esclavos los indígenas de la costa de África, lo que, después de todo, ha estado sucediendo en América hasta hace

pocos años. Nacieron especialmente esos dos cargos, de que tanto partido han sacado los enemigos de Colón, de la comparación con dos personajes realmente excepcionales, y cuya grandeza de alma y bondad y caridad cristianas, no sólo fueron superiores á su época, sino que serían extraordinarios en cualquier país y en cualquier tiempo. Refiérome á la gran reina D.ª Isabel y al célebre Fr. Bartolomé de Las Casas. Nada hay que decir de la primera que no hayan proclamado todos los historiadores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros. Permítaseme, sin embargo, recordar algunas de sus palabras, para honra de nuestra Reina y de nuestra Nación. «Mi voluntad, decía, es proseguir en esta empresa y sostenerla, aunque no fuese sino piedras y peñas, que en otras cosas no tan grandes se gasta mucho más.» Al saber que una partida de indios había sido traída para venderlos como esclavos en Sevilla, exclamó: «¿Quién es D. Cristóbal Colón para disponer de mis súbditos? Los indios son tan libres como los españoles», y en sus instrucciones advertía al Almirante: «No habéis de traerme esclavos, pero si buenamente quisiere venir alguno por lengua con propósito de volver, traédmele.»

Respecto á Fr. Bartolomé de Las Casas, conocidísimo es de todos su celo, que un distinguido historiador religioso no duda en calificar con razón de indiscreto, en favor de los indios. Llevó á tal punto su exageración en eso, que no sólo prorrumpió en violentas acusaciones hasta contra los padres Jerónimos que, como asesores, le había asignado el cardenal Cisneros al nombrarle protector de los indios, sino que propuso emplear esclavos negros en los trabajos de campo y de minería para aliviar á los indígenas. De tal suerte ofusca la pasión; ¡como si los negros no fuesen hombres de igual suerte que los naturales de América! Flamencos y genoveses tomaron el asiento ó contrato de la traída de negros; de modo que no fueron españoles los que introdujeron en las Indias ese vergonzoso tráfico, por fortuna abolido. No tardó en conocer Las Casas su error, pero el mal estaba hecho. De todas suertes, el celo y la caridad del Obispo de Chiapa fueron realmente asombrosos, y ese mismo celo le hizo ser á menudo injusto, apelando á los términos más violentos y agresivos contra los pobladores españoles y contra

el mismo Colón, llegando á tanto en esto que, al referir el estado de amargura y pobreza en que se hallaba el Almirante cuando murió en Valladolid, atribuye tantas penalidades y desdichas á «los agravios, guerras é injusticias, captiverios y opresiones..... y privación de propia y natural libertad, y de infinitas vidas .... que hizo y consintió hacer absurda y desordenadamente», que tales y tan duras son las propias palabras del protector de los indios, y hasta tal punto su amor á éstos le hizo ser cruel é injusto con el descubridor del Nuevo Mundo.

Difícil es defender á éste como político y hombre de gobierno. Sus mismas cualidades insignes le hacían poco á propósito para ello. Su indomable energía y su asombrosa pertinacia, que formaban parte esencial de su genio y de su grandeza, se compaginaban mal con el gobierno de países nuevos, á donde acudían gentes aventureras, codiciosas y mal avenidas con la obediencia y la disciplina. Cierta suavidad y espíritu de transigencia hubieran sido acaso más convenientes. En todo caso, fuera evidente sinrazón sostener que eso disminuye en nada la gloria y el nombre insigne del gran descubridor.

Menos aun ha de influir en su fama la especie vertida por algunos de que su mérito no es grande porque otros habían llegado á América antes que él. Suponiendo que los islandeses, ó los chinos, ó los normandos abordasen por casualidad á la extremidad septentrional de aquel continente, ¿qué importancia tiene eso para la Historia ni para la civilización? ¿Qué influencia tuvieron esos viajes en la marcha de la humanidad? En cambio, ¿qué inmensas consecuencias no tuvo el descubrimiento de Colón? Ello es, señores, que cuando Colón propuso su idea, todos la tuvieron por imposible, y cuando la realizó dijeron que era ya conocida. Y es que todo lo que encuentran los hombres de genio suele ser tan sencillo, que todos creen que lo hubieran encontrado; que la belleza del genio consiste en que él se parece á todos y nadie se parece á él.

Pero, dando de barato que todos los defectos que le han achacado fueran ciertos, ¿qué importa eso para la alta misión y el incomparable mérito del gran Colón? ¿Qué consecuencias han traído al mundo sus defectos? ¿Qué resultados, en cambio, para la cultura, para la civilización, para el progreso de la hu-

manidad han traído sus excepcionales dotes, su inteligencia, su voluntad y su genio?

Debe la Historia tributar sus entusiastas elogios á Colón, personificación excelsa del genio, del estudio, de la constancia y de la fe; símbolo insigne de la paciencia, que, según un escritor célebre, la paciencia es el genio, como es también atributo de Dios: *Patiens quia æternus.* Pero ha de reconocerse al mismo tiempo que no es dado á la humana condición sustraerse de las debilidades y flaquezas inherentes á esa condición misma. El que de ellas estuviere libre en absoluto no sería hombre, y aun en esa lucha de lo bueno y de lo malo, de lo rastrero y de lo elevado, de lo verdadero y de lo falso, es en lo que á mi ver estriba el mérito, la virtud, la grandeza, el genio, todo lo noble, todo lo sublime á que puede aspirar la humana naturaleza.

Tal fué el verdadero carácter de Colón. Su grandeza tanto como de su propio genio resulta de la contradicción, de la lucha en que su alma magnánima se templó al calor de su férrea voluntad y de su convicción profunda. Jamás acaso se ha visto en la Historia un triunfo semejante del tesón y de la constancia, puestos al servicio de una altísima inteligencia y de una sublime idea.

Pobre, desconocido, extranjero en todas partes, porque su verdadera tierra era el mar y su verdadera patria la que le proporcionara medios de realizar su colosal empresa, le vemos errar de nación en nación, de corte en corte, sin lograr excitar más que la incredulidad y el menosprecio de los sabios, la burla de los cortesanos, la risa y la befa del vulgo, que le tenía por demente ó por maniático. Y sereno é impertérrito el hombre de la capa raída, como le llama un antiguo escritor, firme como una roca combatida por la tempestad, siguió años y años sin cejar ni un punto en sus propósitos, sin desistir de su predicación continua y obstinada, sin disminuir ni en un ápice sus condiciones. Ni el prestigio de los más celebrados claustros, ni la púrpura de los Prelados, ni la pompa de la Corte, ni el mismo esplendor del Trono le conmovieron jamás ni le intimidaron. Con sus canas aun prematuras y con su pobre traje iba ofreciendo mundos y tesoros, y con la fuerza de su genio y de su voluntad indomable logró hacerse oir de los grandes y aplaudir de

los doctos, y respetar de los ignorantes, y negociar con los Reyes é imponer sus condiciones, y armar sus carabelas, y llegar con ellas á esas tierras desconocidas, á ese nuevo mundo que su genio había adivinado.

Pero con ser su genio tan elevado y su voluntad tan poderosa, ¿hubiera podido realizar Colón su magnífica obra sin el concurso de una Reina como Isabel y de una Nación como España? ¿No hubo algo de providencial en esas grandes figuras del Almirante y de la Reina, y en la conducta del pueblo de Castilla? Húbolo sin duda alguna. Para negarlo sería necesario suponer que la Historia es una mera relación de hechos sin conexión ni enlace, que los sucesos se realizan sin razón y sin motivo; sería necesario negar las leyes históricas, que del mismo modo que las leyes físicas, han sido trazadas por el Supremo Hacedor. La intervención de la Providencia en los acontecimientos humanos es, en mi sentir, innegable; pero, entiéndase bien, una intervención mediata que deja completamente á salvo la libertad humana, las causas naturales, los fueros de la voluntad y de la razón.

No hace mucho que desde este mismo sitio, y al tener la honra de hacer el resumen de la luminosa discusión que sobre los métodos históricos tuvo lugar el pasado año, os exponía con alguna extensión mis opiniones sobre este asunto, y os demostraba, ó al menos creía demostraros la verdad de estas ideas, en mí añejas y arraigadas.

El hombre, en virtud de su libertad, elige entre los diferentes impulsos que le solicitan. Cada una de sus acciones individuales es perfectamente libre y espontánea; pero las acciones de los unos se compensan con las de los otros, y vistas en grande escala y en conjunto principian á divisarse las reglas generales. Cuanto más se extiende el número, el espacio y el tiempo, más perceptibles se van haciendo esas reglas que, tomadas á su vez en conjunto, constituyen las eternas leyes de la Providencia, que por las sendas del progreso conducen á la humanidad hacia lo verdadero, lo bello y lo bueno, fin supremo del hombre y de la Historia.

Dada la idea de Dios, es imposible negar la idea de Providencia; y que ésta ha de dirigir la humanidad hacia el progreso y el bien por medio de la libertad, consecuencia es también

necesaria de la idea de los atributos esenciales del Todopoderoso.

Cualquiera que sea la teoría que se admita, sea la creación natural, sea la hipótesis de Darwin, es lo cierto que es imposible negar el progreso y la evolución lenta, pero sucesiva, y tendiendo siempre hacia el adelanto y la mejora que se ha ido desarrollando en el transcurso de los siglos. Camina esa evolución, ese progreso por medio de flujos y reflujos como las mareas del Océano, pero cada retroceso lleva en sí los gérmenes latentes de adelantos mayores, gérmenes que se desarrollan en esas épocas de atraso para dar después frutos más y más preciados, como suele el barbecho, que al dar descanso á la tierra y al rehabilitar sus elementos productivos, prepara más abundantes cosechas.

Es un hecho innegable que la civilización va caminando, desde los primitivos tiempos históricos, siempre de Oriente á Occidente. Con gran razón dice Cantú, que así como el griego y el latín perdieron el derecho de lenguas madres, los egipcios y los persas han perdido el de llamarse pueblos primitivos, y que la India, y acaso el extremo Oriente, les han precedido. Desde esos remotos países del Asia fué avanzando la cultura por la Asiria, la Caldea, el Egipto á Grecia, y desde Grecia á Roma, y desde Roma á toda la Europa, y señaladamente á España, país el más occidental del continente. Era por esta razón debido á España el civilizar el gran continente occidental.

Se ha supuesto por algunos que España no se hallaba en buenas condicionnes para emprender con Colón su glorioso descubrimiento, y que ni su marina ni sus circunstancias como nación eran idóneas para ello.

Ni Francia recién salida de una tutela y amenazada por el Imperio y por la España; ni Inglaterra bajo el peso de la terrible guerra de las Dos Rosas, sin industria y sin marina; ni Alemania, sumida en completa anarquía, hubieran podido acometer esa empresa fácilmente. Venecia, Génova y Portugal ya hemos visto que la rechazaron. La Historia se ha encargado de consignar la osadía, el tesón, el verdadero heroísmo de los españoles en la conquista y civilización del Nuevo Mundo.

En cuanto á la marina española, ya desde los siglos XII y XIII

se distinguió en arriesgadas expediciones marítimas. Por el fuero de Zarauz de 1237, se ve que se dedicaba á la pesca de la ballena. En la conquista de Sevilla, en el sitio de Algeciras y en el de Gibraltar, en la guerra marítima contra Aben-Juseph, Rey de Marruecos, hizo brillante papel. Empleaban los Reyes de Francia naves españolas, y los de Inglaterra celebraban tratados con las villas del mar cantábrico. Doce galeras castellanas destrozaron en la batalla de la Rochela á treinta y seis buques ingleses, y por primera vez usaron de la artillería en el mar. Don Diego de Mendoza, Almirante de Castilla, batió á los portugueses, y el Conde de Buelna á los ingleses, al empezar el siglo XV.

La conquista de las Canarias, intentada por aventureros castellanos y llevada á cabo por Juan de Betancourt en nombre de los Reyes de Castilla, tuvo lugar poco antes. Y aquí es muy de notar un hecho importante y que tiene gran actualidad en estos momentos, y es que la costa de África, señaladamente el Río de Oro y la Guinea, fueron exploradas por los españoles antes que por los portugueses ni por ninguna otra nación. Cita el P. Ricardo Cappa en su notable obra *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, un libro titulado *Fénix de las maravillas del orbe*, de la que transcribe este concluyente párrafo: «Un navegante catalán, D. Jaime Ferrer, había llegado en el mes de Agosto de 1346 á la embocadura del Río de Oro, cinco grados al Sur del famoso Cabo de Non, que el infante D. Enrique se lisonjeaba haber hecho que doblasen por primera vez los navíos portugueses en 1419.» Y más adelante añade: «Largo tiempo antes de los nobles esfuerzos del infante D. Enrique y de la fundación de la Academia de Sagres, dirigida por un piloto cosmógrafo catalán, Maese Jacome de Mallorca, habían sido doblados los cabos Non y Bojador (1).

---

(1) P. Ricardo Cappa: obra citada; primera parte: *Colón y los españoles*; apéndice 1.º Edición de Madrid, 1889, pág. 334. Atribuye el P. Cappa el libro á que se refiere al célebre Raimundo Lulio, y en eso hay sin duda un grave error, que acaso sea errata de imprenta. Sabido es que ese insigne mallorquín nació en Palma hacia 1235, y que murió en 3 de Junio de 1315, tras de una larga vida llena de glorias y de amarguras y de las más extrañas vicisitudes. Mal podía hablar, por tanto, de sucesos acaecidos á mediados del siglo XIV y principios del XV. En todo caso no cabe duda de que las relaciones comerciales del Reino de Aragón y señaladamente de las Islas Baleares con las Canarias y Costa Occidental de África, fueron muchas y frecuentes en el siglo XIV, según consta

Pero no fué sólo eso; hacia 1395 Betancourt, con una fragata, recorrió desde Cabo Cantin hasta el mismo Río del Oro, más allá del de Bojador, reconociendo y cobrando contribuciones en el país, adquiriendo, por tanto, Castilla cierta posesión en la costa de África. Esta navegación continuó con mucha actividad durante todo el siglo XV, habiendo viaje que valió á su dueño diez mil pesos oro. Los Reyes de Castilla siempre consideraron aquellas tierras como de su dominio, y así D. Juan II dice á D. Alonso V de Portugal en 1454, que sus súbditos venían con sus mercaderías de la tierra que llaman Guinea, «que es de nuestra conquista»; y los Reyes Católicos, en su provisión de 19 de Agosto de 1475, declaran que «los Reyes de España tuvieron siempre la conquista de África y Guinea, y llevaron el quinto de cuantas mercaderías en aquellas partes se rescataban.» Y no se limitaban á decirlo, sino que nombraron receptores y escribano mayor «de las naos que se armaron para el tráfico de Guinea é aun adelante de la Sierra Leona», y mandaron en 1478 que se hicieran armamentos marítimos para proteger dicha navegación. Vese, pues, que durante largo espacio de tiempo estuvieron los Reyes de Castilla en posesión legítima de esos territorios de África y Guinea que españoles descubrieron; y que habiendo pasado por convenio á Portugal y cedidos segunda vez á España, vuelven al cabo de tantos años á estar nuevamente en litigio.

Dispensadme, señores, esta digresión que no creo completa-

---

por los datos inéditos, fruto de diligentes investigaciones, que me ha facilitado el distinguido arqueólogo mallorquín D. Gabriel Llabrés, y que muy de veras le agradezco.

Esos datos tan interesantes como auténticos, son los siguientes:

1342.—Salen desde Mallorca por Canarias varias naves capitaneadas por Fernando Dezvaler, quien á su regreso emprende un viaje á la Tartaria y tierras del gran Kan. Un compañero suyo regresa de este viaje transcurridos más de cuarenta años.

1346.—El 10 de Agosto de este año sale de Mallorca con rumbo al Río del Oro, el navegante Jaime Ferrer. Nada se supo de la expedición que permaneciera ignorada á no haberla consignado en su Atlas de 1375, el cartógrafo Jaffuda Cresques gloria de Mallorca, y director que fué de la Academia náutica de Sagres.

1346.—Setiembre y Octubre. Pedro VI de Aragón escribe al Gobernador y Jurados de Mallorca recomendándoles que favorezcan al Príncipe de la Fortuna, que va á la Isla á proveerse de naves y galeras para conquistar las islas *nuevamente halladas*. Encárgales que le vendan á dicho Príncipe cuantos cautivos canarios necesite.

1392.—Un fraile mallorquín, dominico, fr. Alsina, empeña varias alhajas antes de embarcarse para Canarias de donde había sido nombrado Obispo.

Todo eso consta por documentos fehacientes que publicará en breve el Sr. Llabrés.

mente inoportuna, y para terminar este asunto, añadiré solamente que la aguja naútica era conocida en España antes de su supuesta invención en Italia; que se construían en nuestra patria bajeles para toda Europa; que las pescas de los vascongados se extendían de las costas de Irlanda hasta Terranova y acaso al Canadá; y que la escuadra que acompañó á la princesa D.ª Juana á Flandes constaba de 120 naves, armada sólo inferior á la famosa Invencible.

Pero ni en la riqueza y prosperidad de la Nación, ni en la fuerza de su marina consistió el apoyo dado para el descubrimiento, ni el vigor desplegado para la conquista. Consistió especialmente en las grandes cualidades de su Reina, y en la genialidad y carácter del pueblo español representado en todas sus clases, estados y condiciones.

Es espectáculo maravilloso y digno de fijar la atención de la Historia, el que presentan los pueblos todos de la Península española al terminar su misión histórica de arrojar los moros de su territorio, después de haber servido de valladar á Europa, y de haberla salvado más de una vez de la irrupción agarena. Aragón, que es el primero, se lanza sobre el Mediterráneo; y Córcega, Cerdeña, Sicilia, Nápoles y hasta Constantinopla y Grecia y Asia, son teatro de sus conquistas y de sus asombrosas hazañas, y Roger de Lauria proclama, que ni los peces pueden pasar por aquellos mares sin ostentar las barras de Aragón. Síguele Portugal, y desde su Algarbe se arroja sobre el Algarbe africano; África es su lote, y por primera vez reconocen aquel enorme continente, y conquistan sus costas y atraviesan la temerosa zona torrida y doblan el espantoso Cabo de las Tormentas, y, entre gloriosas aventuras, llegan al fin á la India, término suspirado de sus afanes. Quedaba Castilla, su territorio era más vasto, su enemigo más fuerte, su conquista más difícil, pero apenas Granada empieza á ceder, y su caída se ve segura, se le presenta una aventura más grande, más atrevida, más maravillosa que las de sus hermanas Aragón y Portugal, con serlo tanto. Su ley histórica la impelía, su misión providencial tenía que cumplirse. Y así, mientras la opulenta Génova, y Venecia la poderosa, las Repúblicas marítimas por excelencia; mientras Inglaterra y Portugal mismo, á pesar de su afán de viajes y des-

cubrimientos, rechazan al navegante insigne, y no encuentra apoyo ni en los Reyes, ni en los Senados, ni en la opinión, y sólo repulsas y befa por todas partes, en Castilla encuentra desde el principio amigos y protectores de todas las clases sociales. Encuentra también enemigos, quizá afortunadamente para su gloria; que en la lucha y en el combate se templan los grandes caracteres y los verdaderos genios. Pero el número de sus amigos y admiradores crece: porque en Castilla el corazón y el sentimiento dominan, y para comprender el genio como para emprender grandes hazañas, más que la razón fría y positiva hace falta sentimiento y corazón. La España que había resistido á los romanos, y sucumbido en Sagunto y en Numancia y vencido en Covadonga y en Sobrarve; la España que había de luchar con Napoleón, tenía que comprender al insigne marino, y seguirle en su maravilloso viaje, y emprender después de él aquella serie de temerarias y asombrosas aventuras que se llama la conquista de las Indias.

La más ilustre nobleza representada por el Duque de Medinaceli, que durante dos años le hospeda en su casa, y le protege, y por el Marqués de Moya que le da alientos; el alto clero que por el cardenal Mendoza le introduce con los Reyes y por Fr. Diego de Deza le da albergue y sustento y poderoso apoyo en Salamanca; los altos funcionarios como el Contador Mayor, Quintanilla, y Juan Cabrero y el Secretario Santángel, cuyas eficaces gestiones he referido; damas ilustres como D.ª Beatriz de Bobadilla ó influyentes como D.ª Juana de la Torre, que le ayudan y patrocinan; las notabilidades científicas, que si le rechazan en Córdoba, le aplauden y le recomiendan en San Esteban, en Valcuevo y en Salamanca; la clase media á que pertenecían Martín Alonso Pinzón y sus hermanos, que más que otro alguno contribuyeron al buen éxito de su empresa, y el físico de Palos, Garci Hernández, y el Dr. Chanca, decididos y muy útiles sostenedores de sus ideas; y luego las clases más humildes, los religiosos mendicantes, viva encarnación del pueblo en aquella época, Fr. Juan Pérez, su entusiasta y siempre leal amigo, Fr. Antonio de Marchena, su sabio defensor, su paladín esforzado, el buen Padre Gricio y hasta el obscuro vecino de Palos, Juan Rodríguez Cabezudo, todos estos nombres que

constituyen la completa escala social de la nación en aquel tiempo, grandes y humildes, nobles y plebeyos, sabios é ignorantes, ricos y pobres, agrúpanse al lado de Colón y le dan amparo ó consuelo, amistad ó fuerza; y con ellos y por encima de todos la gran Reina, la incomparable Isabel, le fortifica primero con la esperanza, le sostiene luego con su protección, y, por último, en situación todavía crítica para su trono, le da las naves y los fondos y hasta sus joyas, si es preciso, para realizar el maravilloso descubrimiento, tenido en los demás países por imaginario y absurdo.

Sólo un alma tan noble y tan elevada como la de la Reina de Castilla, sólo un corazón tan excelso pudo comprender al gran Colón; sólo el carácter heroico y el espíritu entusiasta de la nación española fueron capaces de adivinar su genio. La misión histórica de España se tenía que cumplir, y por eso providencialmente vino Colón al único país que podía realizar su grandiosa empresa.

Por eso podemos, para concluir, decir con legítimo orgullo, que el descubrimiento de América, «la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió», según la feliz expresión de Gómara, fué debido al genio y á la voluntad de Colón, al corazón de Isabel y al esfuerzo y espíritu levantado del pueblo español.

---



